

# EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

**Depósito Legal: J 696-2013**

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

**ISSN: 2341-0086**

# Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDA CABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

**12ª Edición:** diciembre del 2024

**Enlace a la página Web:** <http://www.revistapenelope.com>

**Email:** [encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com](mailto:encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com)

**Teléfono de contacto:** 617 91 87 97

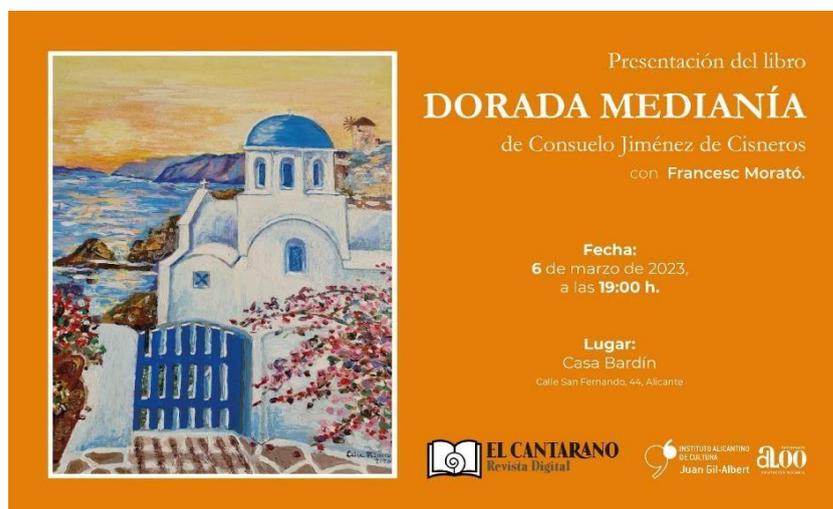
**Artículo de investigación**

***de***

***Francesc Morató Pastor***

## Presentado por Consuelo Jiménez de Cisneros

### La escritora y el filósofo. Francesc Morató Pastor.



*Este trabajo escrito sobre mi ensayo "Dorada medianía" lo debo a la generosidad de mi antiguo compañero de clase y amigo Francesc Morató, filósofo, profesor, gestor cultural y también ensayista entre otras dedicaciones. El profesor Morató presentó mi libro en el Instituto de Cultura Juan Gil Albert de Alicante el 6 de marzo de 2023 y su intervención puede verse en este enlace: [https://www.youtube.com/watch?v=t6Tbz0PqGec&ab\\_channel=InstitutoAlicantinodeCulturaJuanGil-Albert](https://www.youtube.com/watch?v=t6Tbz0PqGec&ab_channel=InstitutoAlicantinodeCulturaJuanGil-Albert).*

*El ensayo "Dorada medianía" ha merecido la atención del escritor Javier Puig que el 5 de junio de 2023 le dedicó una amable reseña bajo el título "Dorada medianía, el ameno repaso de Consuelo Jiménez de Cisneros a los tópicos" (<https://www.mundiario.com/articulo/libros/dorada-mediania-ameno-repaso-consuelo-jimenez-cisneros-topicos/20230605132721270747.html>) y de la periodista y novelista Marisa Ayesta que se basa en uno de sus capítulos para su trabajo -finalista del I Premio de Ensayo Breve El Cantarano- "Sobre los tópicos en la novela romántica actual. A propósito de la obra "Dorada medianía, esplendor y decadencia del tópico", la cual se publicará en breve en la web de El Cantarano junto con los demás ensayos premiados.*

*Por su parte, la aportación de Morató constituye una amplia y documentada aproximación crítica que conjuga el análisis riguroso del filósofo con la amenidad afable del ensayista y demuestra que el tema, ciertamente, queda abierto a nuevas perspectivas.*

*Consuelo Jiménez de Cisneros*

Debo decir de entrada –y no creo que la amiga Consuelo me desmienta– que cuando ella me propuso que presentase su libro, lo hizo con cierta reticencia. Por supuesto, nadie la obligó... excepto ella misma. Y en ello cabe reconocer un reto y, aún más, mucha generosidad. Si ella, en definitiva, tenía y tiene un público entregado, forjado a lo largo de muchos, muchos años de escritura ¿por qué arriesgarse con un filósofo que nunca se sabe por dónde puede salir? Después de todo, en pocas cosas hemos alcanzado un mayor acuerdo: la patria del escritor es el lenguaje. ¿Y la del filósofo? La de éste al menos –dicho sea, sin rehuir el riesgo más que probable de pedantería– la realidad... y la ambigüedad, probada por los esfuerzos del lenguaje por alcanzarla sin conseguirlo nunca totalmente o, mejor: sin conciencia –más bien lo contrario– de haberlo conseguido. Dicho de otra manera: ¿hasta qué punto las palabras, incluidas las más bellas y mejores, están expuestas al desgaste? ¿hasta qué punto nos dejan solos ante situaciones inéditas? Los Tópicos en buena medida forman parte del puñado de verdades, expuestas muy bellamente en ocasiones, que no reparan en los motivos del filósofo realista de la ambigüedad. Más aún: hacen caso omiso. El tópico que, sin duda, tiene lazos de parentesco con los refranes, las frases hechas, los prejuicios e, incluso, las verdades de Perogrullo, sin que, eso sí, puedan confundirse unos con otros –menos aún los elegidos por Consuelo– se mueven en una atmósfera de ahistoricidad que choca, por otra parte, con la que probablemente sea la convicción –no sólo filosófica sino cotidiana bien extendida– más firme de un par de siglos a esta parte: la de que nada puede resistirse al poder del tiempo. La excepción, que es este sentido constituye el tópico, es probablemente la prueba fehaciente de la validez del principio general, consciente con ello de su propia vulnerabilidad. Es decir: del carácter histórico incluso de su propio enunciado que, por ello, se permite excepciones y evita ser pillado en la falta que supondría sostener que todo es historia, tiempo, devenir... excepto el propio enunciado que lo diría.

Abandonemos, con todo, este nivel especulativo y dialoguemos con lo que Consuelo recoge. En primer lugar, el libro EVOCA. Temas de siempre, sí. Pero de los que nunca se dice bastante y, más de una vez, caen presas de la retórica que destiñe lo que toca. Personalmente me ha obligado a volver sobre algunos textos, que de inmediato citaré, que había descubierto con placer y veneración en mi juventud, pero que mi propia experiencia vital había relegado a una especie de olvido respetuoso, desde la convicción equivocada de que había vida sin literatura, o que aquella tocaba más de cerca que ésta. Espero, además, que los asistentes perdonen mi tendencia a permitir que las fuentes de Consuelo se crucen con las mías y si esto molesta, se me disculpe como muestra de lo muy profundo que su libro me ha tocado.

El libro se abre abordando la amistad y el amor. Hay citas que son ineludibles, a veces por su falta de pelos en la lengua, comparadas incluso con épocas como la nuestra en que tendemos a creernos de vuelta de todo. Entre ellas, las clasificaciones aristotélicas de la amistad: por interés de cualquier tipo, incluido el propiamente sexual, y la superior, nacida de la Contemplación. Que en griego se dice *Theoria* y comparte raíz con Teatro. ¿Y a qué vamos al teatro, y a cualquiera de las artes que guardan relación con él, por no decir a las artes en general? Justamente a Contemplar en una actitud superior a la de la vida cotidiana, en que intereses, placeres, perspectivas, parcialidades impiden la visión de conjunto. Aquí, bien al contrario, gozamos de una panorámica que obliga a maximizar nuestra capacidad de comprensión por todos y cada uno de los personajes, de las situaciones, de los detalles. Si se quiere: a ser menos mezquinos que nunca. Algo parecido a lo que se refiere Kant al asimilar el juicio de gusto a un «interés desinteresado», en una alianza delicada entre lo estético y lo moral. Que afecta también, como no podía ser de otra manera, a nuestra vivencia del amor y la amistad, a las sutiles relaciones entre ambas. Prueba, además, de que ninguna clasificación es absoluta, ni permanente –tampoco la aristotélica. Sin ánimo, en absoluto, de corregir lo recogido por Consuelo, sino de insistir en el alud de emociones que su texto desencadena, hay que recordar que tratamos de nombrar vivencias –nuevas sólo en función de la publicidad interesada– con fórmulas tales como «amistad amorosa» o «poliamor» con que tratamos de conjurar la amenaza de soledad o la complejidad de nuestros sentimientos. Quizás, la única

novedad estribe en cierto desparpajo, descaro incluso, con que nuestra época aborda el asunto, al cuestionar, tal como ha hecho M. Foucault (y antes «practicaron» aun sin teorizar demasiado, gente como la del grupo de Bloomsbury), el carácter excluyente del enamoramiento, la necesidad de reconocer su caducidad, frente a la mayor estabilidad y continuidad de la amistad, sin temor al cruce de corrientes ni al traspaso de ciertos tabúes, en unas vidas que presumiblemente se disponen a durar más que el corto tiempo de la pasión.

Y lo mismo vale para el cáncer de la amistad, por no decir: su revés en negativo, que es la envidia. De la que dice Ausiàs March: «*d'enveja és tot lo món conquistat... algú no es dol si altre null mal té*» (LXXVII). De la que, quizás, quepa decir que la peor de sus versiones no va dirigida a lo que tenga el otro o deje de tener, sea lo que sea, sino al hecho mismo de que el otro tenga deseos. O eso es, al menos lo que yo concluyo, después de leer atentamente, y aún más: meditar, lo dicho por J. Lacan en sus lecciones de 1960, *Los cuatro conceptos fundamentales de psicoanálisis*, en concreto la que lleva por título «¿Qué es un cuadro»: «Todos saben que la envidia suele provocarla comúnmente la posesión de bienes que no tendrían ninguna utilidad para quien los envidia y cuya verdadera naturaleza ni siquiera sospecha... Esa es la verdadera envidia». <sup>1</sup> Al igual que el menos conocido, pero recordado por quienes fuimos ayudados por él, el querido profesor Alfredo Fallica, alma de los *Convegni* de Palermo, dedicados a Nietzsche durante más de 25 años, en su alocución de apertura al último Congreso que impulsó antes de su muerte, en el año 2001, *L'amicizia dionisiaca o come vincere l'invidia*: «La envidia nace cuando uno es codicioso pero carece de perspectivas, o las que tiene es muy difícil que puedan satisfacer el deseo con el intercambio».

Por todo ello, se explica fácilmente por qué tantas amistades acaban convertidas en su contrario: en monumentos formidables de envidia. Jocosamente, en alguna ocasión, he propuesto la tipificación de la envidia como delito. A lo que se me suele responder que eso es imposible, que forma parte de la condición humana. A lo cual, suelo replicar con dos argumentos. Por una parte, que ni siquiera de la condición humana, estamos en condiciones de decir que sea eterna. La historia de las mentalidades se levanta justo desde la convicción contraria. Por otra, aludo a la tipificación del acoso, impensable sólo pocas décadas atrás y hoy, en cambio, una realidad que sólo los más reaccionarios se atreven a poner en duda.

En este apartado de evocaciones, destaca, para mí, uno no exento de consecuencias para otro apartado al que me referiré como AUSENCIAS. Se trata de todo aquello común presente en todas las versiones de la Edad de oro. He escogido una de las primeras –la del tránsito de la hegemonía de Kronos a Zeus, narrada por Platón en *El político*– para quedarme con dos motivos especialmente significativos que, por sí solos (a mi entender al menos) van mucho más allá de la estrechez propia de los tópicos, de su vocación ecuménica y atemporal. En el primer caso (Kronos), destaca que no hubiese procreación ni memoria de una existencia anterior; ni tampoco: regímenes políticos (ilusión persistente hasta nuestros días, aunque no se la sitúe en una edad utópica, sino en una doblez presente con la que supuestamente se podría convivir... o sobrevivir). Llegados a este mundo, nuevos de trinca, desprovistos de lastres y de compromisos, de raíces familiares, de historia. La consecuencia de la suma del desarraigo y *apolítica* da como resultado: la indiferencia sin ambición, la palabra transparente que no se pone al servicio de engaños ni de astucias, la confianza en el gobernante pastor, o en el Rey en esencia bueno. Por el contrario, el paso de la frontera en dirección al dominio de Zeus, supone la profundización de la identidad, la amenaza de la soledad, puesto que este momento resulta inseparable de la constatación de que los humanos no pensamos simultáneamente con la misma intensidad y, menos aún, nos volvemos Uno –hecha excepción del sentido retórico o metafórico, utilizado, por otra parte, por prestidigitadores y manipuladores de toda condición: políticos, militares, informativos. Sobre todo, salta la necesidad de justificar la autoridad, lo que arrastra consigo preguntas tan incómodas cuanto inteligentes e inaplazables,

---

1 Op. cit. Tr. de Juan-Luis Delmont Mauri y Julieta Sucre, rev. de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-Alain Miller, Paidós, 1995.

precisamente, para no quedarse en el tópico, la frase hecha, el prejuicio ampliamente difundido. Por ejemplo, cuando Platón puntualiza acerca del panadero o del campesino, en tanto que representantes de oficios manuales: «alegando que ellos mismos se preocupan por la crianza humana... no sólo en lo que toca a los hombres que forman los rebaños, sino también a los gobernantes mismos»<sup>2</sup>.

A diferencia de lo que sucedería con el tópico facilitador, aquí damos con la fusión de dos grandes fuentes de angustia: el devenir y el poder. Desde el principio, pues, la filosofía hurga en las insuficiencias y debilidades del tópico. Lo que no impide su aprovechamiento perfectamente ajustado a la exigencia de los tiempos y respondiendo a los retos del presente. Un ejemplo de esto último, sin salirnos del potente referente de un tipo u otro de Edad de oro, lo encontramos en *Walden* de H.D. Thoreau, publicado en 1854, convertida hoy, entre otros, en referente ecológico ineludible. Sucede, además, con estos textos significativos de lo que se ha dado en llamar «prosas del yo», y entre los que podrían figurar con no menos derecho Montaigne o el Rousseau de las *Ensoñaciones...*, que comparten con los tópicos (y sus aledaños, los refranes por ejemplo) el hecho de llegarnos con diferente intensidad –desde la distancia e inexpresividad en ocasiones al dardo profundamente sentido, en otras– según la etapa que atravesemos, nuestro estado de ánimo o psicológico. De la indiferencia a la convicción de haber sido tocados en lo íntimo.

Algo así sucedería también con el virgiliano «*Et in Arcadia Ego*» – que figura, a su vez, como título del primer libro de *Bridehead revisited*, la lírica evocación d'E. Waugh de la despreocupación afectiva y sexual propia de una determinada juventud. Lo que no deja de ser otra *Edad de oro* destinada, para bien o para mal, por exceso o por defecto, como actitud permanentemente adoptada o como recuerdo, a condicionar toda una vida.

Un gran valor del libro de Consuelo lo constituye su capacidad para interpelar al tópico con su contrario, con aquello otro que en su formulación lapidaria se ha dejado en el tintero... o en las cuerdas vocales. Veamos algunos ejemplos. En un determinado momento, puede apelar a Antonio de Guevara (1539), al Miguel Hernández anterior a 1934, al Delibes de *El camino* y de *Las viejas historias de Castilla la vieja* en su preferencia por lo rural, pero no se le escapa el contrapunto enunciado por Fray Luis: sin el comerciante o el aventurero no existiría ni siquiera la «pobrecilla mesa». Y aunque ella no lo cite, ni, menos aún, su trayectoria haga imposible la confluencia con él, al fondo figura el Descartes del final de la tercera parte de su *Discurso*. Quien consigue una especie de última vuelta de tuerca: hacer de la ciudad (La Haya del siglo XVII) el lugar ideal para ejercer lo que tradicionalmente y, antes y después, se creyó privativo de lo rural. En ese sentido, Frank D. McConnell no deja de ver una continuidad con aquello que para Fellini significa Roma, París para Godard o Nueva York para W. Allen<sup>3</sup>. El filósofo del XVII resulta ser su antecesor: «Descartes busca la soledad tanto como huye de ella, pues sólo en el aislamiento consigo mismo podrá trascender el terrible aislamiento en un mundo de cosas mudas, de objetos desprovistos de inteligencia» (p 57) y lo mismo cabría decir de los directores citados. McConnell aporta reflexiones decisivas en relación, precisamente, a lo que Consuelo entiende como tópicos referentes a las relaciones con los otros. «El problema de las otras mentes es quizás el problema más crucial de la filosofía moderna, y Descartes lo plantea en el *Discurso*» (58). La posibilidad de la separación radical entre conciencias, la incomunicación, sólo amenazada por el lábil poder del lenguaje, *son* siempre *ahí*. Cualquiera de nosotros, por activa o por pasiva, como sujetos agentes o pacientes, como verdugos o como víctimas, sabe de qué hablo.

Pero quizás, el ejemplo más fehaciente lo constituya el robot *Hal* de *2001* de Kubrick, insensible a los intentos de sus compañeros humanos de tripulación, de impedir su desconexión, mientras se estaría llevando a la tumba los secretos técnicos que les habrían permitido sobrevivir, en vez de la deriva espacial a la que se ven inevitablemente expuestos. En realidad, uno se sorprende de la cantidad de relatos, en cualquier medio, que encuentran en lo que podríamos llamar «miedo al otro»

---

2 Op. cit. 268 a.Tr. de M<sup>ª</sup> Isabel Santa Cruz, Gredos, Madrid, 1988.

3 *El cine y la imaginación romántica*, Gustavo Gili, 1977.

—o mejor: sospecha de que el otro no sea lo que aparenta ser, que tras su aspecto más o menos inofensivo, o hasta anodino, esconda una personalidad siniestra— su denominador común, la razón última de su misma estructura. Aprovecho, además, para que no pase desapercibida la pericia de Consuelo, al sostener abiertamente, en una tierra que nunca ha sido complaciente ni con Freud ni con su criatura, que «No hay un científico más literario que este médico austríaco». Aunque soy muy consciente que no faltará quién llevado de su tozudez o su mala uva, no perderá la ocasión y dirá aquello de «claro, literario, no científico...», en este contexto, defiendo a Freud, sobre todo, desde su magnífico texto acerca de *Lo siniestro* de 1919. Lo siniestro no es simplemente lo temible. La misma construcción de la palabra alemana aporta una pista decisiva. *Das Unheimlich* (lo siniestro) vendría a ser, tomado al pie de la letra semántico, lo sin hogar (*Heim*) ni familia, y, tirando un poco más del hilo: lo desarraigado o, también, quizás mejor: aquello que aun pareciendo familiar o compartiendo algún rasgo, al acercamos, se nos revela como lo extremadamente otro, más aún que el simple contrario que parecía ser. El más astuto y cruel de los engaños, en suma. El ejemplo por excelencia: lo que parece humano sin serlo, un muñeco (una máquina) que mueve los párpados, gira las pupilas o habla, un *Hal* que decide nuestra suerte, sin atender nuestra solicitud de compasión...

Quizás Consuelo no se acuerde, pero hace muchos años vimos juntos, en un ciclo de cine japonés programado por el cine club Chaplin, un film de Masaki Kobayashi: *Kwaidan* (1964) que traducía en potentes imágenes, deliberadamente artificiosas, nada naturalistas, algunas de las historias que Lafcadio Hearn (1850-1904) había recogido de la tradición japonesa bajo el título indicado, que significa *Cuentos de fantasmas* (y no *El más allá*, título español del film). Cualquiera de las cuatro historias seleccionadas para la transposición fílmica podría servir a mi propósito, pero elijo la primera: *El pelo negro*. En ella, una esposa recibía de su marido la amarga noticia de que se disponía a abandonarla en busca de oportunidades y fortuna. Fingida o sinceramente —de ello, del grado de conciencia y voluntad por parte de ella, depende en buena medida la intensidad, calidad y profundidad de lo siniestro en cuestión— parecía resignarse a la voluntad de su marido. Pasado un tiempo y no habiéndose cumplido las esperanzas puestas en un nuevo matrimonio con la hija de su empleador, decide regresar junto a su primera esposa, que lo recibe cariñosa y abnegadamente, aunque algo en el ambiente —la fotografía creaba una atmósfera ciertamente densa— inspiraba inquietud. A la mañana siguiente, mientras rayos de sol diáfanos entran por la ventana y la pareja de nuevo unida, yace, bocarriba él, de lado y de espaldas al espectador ella, tras un intento de caricias por parte de él, al atraer hacia sí el cuerpo de ella, contemplamos una momia repugnante de la que se desprende el pelo negro, que le perseguirá hasta estrangularle. Podríamos citar decenas de relatos que repiten el mismo patrón: lo familiar y cercano, objeto hasta entonces de confianza, convertido en amenaza implacable. Me limitaré sólo a tres.

En primer lugar, *La última vuelta a la tuerca* de H. James por la asimilación llevada a cabo por la institutriz, a partir de las noticias acerca del comportamiento del niño, sospechosamente malévolo, en el internado del que ha sido expulsado, de las figuras del solícito y convencional pretendiente victoriano, por una parte, de otra: del fantasma del jardinero tan brutal como, con toda probabilidad, a ojos de ella, atractivo, sin que la atracción sea ajena al sadismo. Tras la presencia de un niño, un espíritu torturado —particularmente en la lectura llevada a cabo por Jack Clayton en su film<sup>4</sup>— puede ver un espíritu tan tiránico y cruel como irresistible.

En segundo lugar, siguiendo a Eugenio Trías, que dedicó dos textos memorables a la cuestión, la indefensión como cualidad de lo siniestro, está presente en dos grandes obras de Hitchcock: *Vértigo* (1958) y *Psicosis* (1960). Representadas en ambos casos por el remolino que absorbe irremisiblemente todo lo que cae en su interior, sugeridos por los moños tanto de Carlota Valdés (el fantasma de una californiana del XIX que atrae a Madeleine hacia la muerte en *Vértigo*) como de la momia de la Sra. Bates (en *Psycho*). En la primera, además, Scottie (James Stewart) no puede

---

4 Título original del film *The innocents* (*Suspense*, 1961), con un guión en que colaboró Truman Capote, la música de Georges Auric, la fotografía de Freddie Francis, constituye una obra maestra, no menos que la ópera sobre el mismo texto de James, de Benjamin Britten: *The last turn of the screw*.

sustraerse a la atracción que sobre él ejerce la segunda mujer (Judy), empujándole a la «reconstrucción» de Madeleine, supuestamente muerta por suicidio. Ignorando, obviamente, que el camino adoptado, de respuesta activa, ni resignada ni entreguista, a unos acontecimientos crueles, conducirá a un desenlace fatal, peor que la situación que se trataba de superar, en tanto que aquella descansaba sobre la ignorancia que permitía cierta esperanza, mientras que ésta resulta irreversible.

El último ejemplo lo constituye el *Alien* del film de Ridley Scott: ¿es posible que alguien con semblante y comportamiento similares al nuestro, no sea sino una máquina? En 1991, como alumno del profesor Emanuele Severino, en Venecia y habiendo expuesto él sus reservas acerca del carácter fundante de todos los discursos referentes a la intersubjetividad, alteridad –tan extendidos entonces y ahora– apelé a uno de los más prestigiosos, el más coherente quizás: el de Lévinas fascinado por el rostro del otro (*visage d'autrui*). La respuesta fue contundente, además de convenir especialmente a lo planteado por Scott: «*Los robots también tienen rostro... La forma como Occidente ha pensado al hombre, lo hace constitutivamente incapaz de poder diferenciar al hombre del robot*». De ser así, la mayoría de los relatos de terror o particularmente inquietantes, se sitúan justo en la senda de las grandes problemáticas filosóficas de siempre.

En esta breve panorámica, no podía faltar –ha pasado a ser poco menos que un icono de nuestro tiempo– el guiño al «Infierno son los otros» que, sin embargo, sirve para introducir otro elemento que aparentemente puede contravenir la solidez del tópico, pero del que, también, éste puede salir reforzado: la CONTRAPOSICIÓN. Pensar contra uno mismo, contra la propia estabilidad del tópico. Así, si bien lo dicho se sigue casi espontáneamente de la mención de Sartre, no lo es menos lo que dijo a su secretario y casi *alter Ego* de sus últimos años, Bény Lévy, cuando ya no era la estrella intelectual que había sido, de la que cualquier expresión resultaba susceptible de éxito.<sup>5</sup> A Lévy debemos el relato, según el cual en Agosto de 1944 –sólo un año después del estreno de *Huis-clos (A puerta cerrada)* que contenía el lema famoso– Sartre confesaba haber experimentado, al ver al pueblo de París en las calles celebrando la victoria, casi lo contrario: «*J'ai besoin d'hommes réunis*». Y, claro está, resulta inevitable cuestionarse cuál de las dos declaraciones resulta más verdad o, incluso, si yuxtapuestas no resultan una mera incoherencia. Cabe, también, la posibilidad de que el tópico sólo mantenga su validez, si confrontado con su contrario, renunciando a su unilateralidad. Aceptando, pues, que contradicción es contradicción, y no nada resultante de la anulación mutua de los contrarios. Y eso, justamente, es lo que somos y sólo en función de ello, el tópico cobra sentido y justifica su uso. Que, dependiendo del tiempo, somos todo... y su contrario. Que cualquier intento de enmascarar esta verdad, resulta puro intelectualismo. Dice Montaigne en un ejercicio de sinceridad tan inusual como encomiable: «*Amo la vida interior porque es mi elección y no porque me oponga a la vida en sociedad que, en ocasiones, bien que me conviene*» (Essais, libro III, c IX).

Algo parecido podría decirse de los roles contrapuestos de Monica Vitti y de Richard Harris en *Il deserto rosso* (Antonioni, 1964). Ella que, de manera apenas velada, desafía el tópico de la muerte como obligado desprendimiento de todo – («ligeras de equipaje» hubiese dicho Machado). Y

---

5 El 27-XI-1980, meses después de la muerte de Sartre, Lévy en una intervención memorable, que un profesor de veintitrés años no olvida, en el Salón de actos de la Facultad de filosofía de la Universidad de Valencia, partió justamente de este hecho: en Agosto de 1944, con la liberación escenificada en las calles, Sartre habría sentido, más intensamente que nunca, la potencia de las masas, de los hombres reunidos. Lo que desmentía, al menos en parte o aparentemente, algunas de las tesis del autor enunciadas con anterioridad, tanto filosófica como literariamente. Debería, por mi parte, haber dado con algún texto escrito más fiable que la memoria de un hecho oral, pero no lo he conseguido. No obstante, la «necesidad de hombres reunidos» en un clima de fascinación y deseo de indagar, por parte del entrevistador (P. Victor o Bény Lévy) en los contrastes, destrucciones y consiguientes reconstrucciones, con que el pensamiento de Sartre iba a avanzar a lo largo de las próximas décadas, aparece en la entrevista (muy polémica en la época, hasta el descrédito por parte de una facción de la familia sartreana) que se publicó con motivo de la muerte de Sartre, en España en los días que siguieron a la misma, en el diario *El País*, concretamente el 28-IV-80. Este texto (*La esperanza ahora, las conversaciones de 1980*) fue republicado por Arena, tr. de Isidro Herrera (Madrid, 2006), dotado de epígrafes. La frase en cuestión figura bien significativamente bajo uno de éstos, titulado «El deseo de sociedad».

quiere llevar todo consigo. Un claro apoyo a Freud, para quien al Inconsciente repugna la idea misma de final absoluto, sin vuelta atrás, de muerte. En el lado opuesto, él, que habiendo aceptado un puesto en el cono sur, quiere marchar con lo puesto, dejando todo atrás. ¿Quién está en condiciones, con el corazón en la mano, de sostener su adherencia continuada a una o a otro?

El libro de Consuelo obliga tanto a repensar el alcance como las limitaciones del tópico que, incluso, nos lleva a otros que no aparecen, pero gozan de una prédica considerable. Digamos que consiguen poner el dedo en la herida, aunque su respuesta me parezca harto insatisfactoria. Reflejan con sinceridad la preocupación reinante, pero yerran, a mi entender, al apresurarse a cumplir demasiado ortodoxamente con las exigencias de la no contradicción. El propio Freud dice que no hay inconsciente resignado a su mortalidad. La prueba es que nadie muere en sueños, todo el muerto interrumpe la pesadilla y despierta «antes de morir». Las convicciones y la capacidad persuasiva del pensamiento consciente, nada pueden contra el impulso irresistible. El defecto del tópico estriba, precisamente, en llegar pronto a repuestas fáciles, unilaterales, poco dadas a atender las razones de los demás. Aun así -insisto- el problema al que aluden es real.

Hay libros que obligan a revisar, simplemente a recuperar en ocasiones, pensamientos que alguna vez se cruzaron con insistencia en la trayectoria del lector, que forman parte del tejido memorístico de una vida. Y espero que se comprenda que no es el menor de los elogios que pueda salir de mi boca. Sobre todo, si se tiene en cuenta que, al menos desde mi perspectiva, el proceso de escritura acaba en la lectura. Así, el tema de la *Fortuna (velut luna)*, resulta una oportunidad para considerar el uso lingüístico interesado de la tercera persona. Gracias a él, son la vida, la suerte, el destino... quienes cargan con la responsabilidad de buena parte de nuestras acciones y nos instalan en una especie de inocencia, sin la cual nos resultaría más difícil vivir. Sin embargo, todo tiene un precio.

En este caso, se trata de sucumbir a un penúltimo grado de inmadurez, de falta de fuerza para mirar a la realidad cara a cara. Además de fuente de confusiones. Culpar –pongamos por caso– al capitalismo de todos los males, como tan a menudo se ha hecho por parte de la propaganda –sin que esto signifique exonerarlo de toda responsabilidad– supone su confusión semántica con la libertad de mercado y, en consecuencia, entregar en muchos casos como víctimas propiciatorias de violencia, a quienes la practican. Lo cómodo y educado hoy, lo que permite salvar la situación y salir del paso, puede resultar el desencadenante de crueldad arbitraria mañana. Aceptamos borrarlos como agentes históricas y renunciar a nuestra humanidad, por pequeña que sea nuestra influencia, para contribuir a la confección de un monstruo, primero léxico y, después, fáctico.

Otra muletilla, de uso a mi entender inmoderado, tiene que ver con el mismo título del libro, que acaso represente la esencia misma del contenido de cualquier tópico. Que alude –quírase o no– a una idea que, en la mayoría de los mortales, bienintencionados sin duda, despierta simpatía o añoranza irresistibles. Me refiero al acariciado «justo medio» o equidistancia entre los extremos, sancionado de antiguo –o suele creerse– nada menos que por Aristóteles, que lo habría convertido es esquema compartido por cualquier virtud (*areté*). En mi opinión, el error estriba en considerar su obtención un objetivo fácil y, quizás aún peor: puntual. Olvidando que se trata de la tarea de una vida, sometida, además, a constante proceso de revisión, a pesar de que su impulsor viviese en esencia en un universo mental menos convencido que el nuestro de su temporalidad y de su historicidad. En general, suele tenerse escasa conciencia de la inmensidad que la propuesta supone. Nada que ver con una tabla de valores de la cual uno selecciona determinadas casillas. Más bien: conciencia de la dificultad y del riesgo de que la mano se nos vaya en cualquier momento. Son notorios los fracasos –acompañados de la correspondiente dosis de hipocresía– de tantos intentos por situarse en la moderación, por no decir: en el centro. E, insisto, no se trata del hecho en sí, inobjetable en sí mismo, como de la más que probable desconsideración a su dificultad. Lo que lleva casi inevitablemente a situarse uno mismo en el bando de los justos, de los que han llevado a cabo una opción acertada de la que nada –ninguna duda, ni ninguna falta (destinada siempre al

perdón) consentirá que se les excluya.

Y si bien es cierto que quien toma partido, escorado hacia cualquiera de los lados, el «compañero de viaje», se pone en situación de vulnerabilidad extrema, expuesto a críticas y reproches, arrastrado por una corriente general en que en ocasiones apenas ha participado; no es menos cierto que en nuestra historia reciente, de pre-guerras, guerras y transiciones, nos encontramos un buen número de ejemplos, de seres humanos, obsesionados con el justo término medio, que, empujados siempre a no enfrentarse cara a cara con su pasado, se condenaron a un papel meramente testimonial y retórico, además de colaborar pasivamente (también, a veces, menos, activamente) en el desencadenamiento del horror y la vergüenza. Eso sí: sin reconocer nunca el propio error. Convencidos de que sus actos siempre fueron guiados por la buena voluntad e ignorantes de que el empedrado del infierno está hecho de buenas intenciones.

Y asociado a la misma facilidad (falsa) con que uno cree acceder al justo medio o dorada medianía, figura también no tanto la desafección por la política, como la fantasía, completamente ingenua, de su carácter prescindible o, aún peor: de la posibilidad de poder vivir al margen de ella. El mecanismo, como en el caso anterior, descansa sobre la simplicidad extrema. En este caso, basta con acercarse a los fenómenos políticos con criterios normalmente heredados de tradiciones religiosas, pensados para regular comunidades dotadas de un grado de homogeneidad entre sus miembros infinitamente mayor de la existente en una sociedad moderna e, incluso, mayor que la existente en aquellas sociedades del pasado en que se la podía considerar mucho más vigente. En cualquier caso, el hecho de apelar a ellas en la actualidad, tropieza con la dificultad manifiesta de no poder esconder su insuficiencia. Su carácter no más que retórico y escapista ante los retos del presente. De ello advirtió Th. Adorno en su *Terminología filosófica*, que el 19-VII-62 hablaba de: «el *pathos* vacío de un profesor de filosofía que acepta tan incondicionalmente la moral sólo porque no cree que haya quien se deje guiar por ella»<sup>6</sup>. Años después era C. Castoriadis quien, ante la muy difundida hegemonía de la ética (de la alteridad y del otro), insistentemente repetida desde los años 80 a partir de autores como E. Lévinas (lo que no ha impedido que algún admirador entregado como B. Lévy se refiriera a esto mismo, desdeñosamente, como *lévinasserie*)<sup>7</sup>, se pronunciaba hasta hacer de la democracia «un régimen trágico», en el sentido ático del término, en que «la cuestión del hombre es *hybris* (y) no hay regla última, a la cual uno pueda apelar para escapar de ello, ni Decálogo, ni Evangelio. El Sermón de la montaña no me dice qué leyes debo votar (lo que, de hecho, me dice es que no necesito leyes, que me basta con el amor). Somos nosotros quienes debemos dar con las leyes que hay que adoptar: los límites no han sido trazados de antemano, la *hybris* está siempre al acecho. De eso habla la tragedia, institución democrática por excelencia, institución que constantemente recuerda al *demos* la necesidad de que se autolimite».<sup>8</sup>

---

6 Op. cit. V I, Taurus, Madrid, 1976.

7 Aun sin ánimo de entrar en la exposición de unas ideas harto originales y en un debate, que ahora nos es imposible abordar, diremos con todo que «la *levinasería* fija el primado de la ética en la aparición del otro... Esto supondrá una dificultad para el pensamiento de Lévinas que sólo habría extraído consecuencias morales del pensamiento acerca de la relación con el otro...» (B. Lévy Lévinas: *Dieu et la philosophie, séminaire de Jérusalem, 27 Novembre 1996-9 Juillet 1997*, Paris, Verdier, 2009, la expresión en cuestión aparece en la p 219). En un trabajo, *De la intersubjectivitat al jo preconscious*, no publicado pero sí presentado en algún congreso, he resumido el núcleo de la cuestión en estos términos: «Si partimos de la identificación del otro con el límite, el dos y el (sólo) *tú* –para Lévinas y para Lévy: *moite intimité*– nuestro trabajo nos ha conducido a otro lugar bien diferente: el del infinito y la gloria, los cuales, eso sí, convienen más que al *otro* propio del *tú*, al *tercero* (*tiers*), a la *illicité* (de la tercera persona: *il*), a la *huella* (*trace*) y el *rostro continuo* (*visage continu*) en beneficio de, naturalmente, una exterioridad provisionalmente erigida en rival de la intimidad. *Visage continu* es además el título que Lévy publicó (Verdier) en 2009, y que viene a ser una versión abreviada de las tesis del texto de Jerusalén. Mi punto de vista sobre la cuestión puede seguirse en mi artículo – *Razón, intimidad, exterioridad*– del nº103 de la revista *Debats* (Alfons el Magnànim, València, 2009): *Judaísmo, itinerarios y diásporas*.

8 «Le cache-misère de l'éthique» (1993), hoy en *Les carrefours du labyrinthe IV*, p 256.

Con ello, además, alcanzamos un grado de complejidad que no es el del tópico. Quién sabe si lo hacemos desde una convicción mayor en el poder de las palabras, la desconfianza hacia las cuales, acerca de si podían decir algo hacer de nuestra realidad para, quizás, ni que fuese mínimamente transformarla. El subterfugio que supone recurrir a la tercera persona, supone, sin ir más lejos, marginar deliberadamente la responsabilidad que compete exclusivamente al Hombre (*Anthropos*) de la *hybris* y de la tragedia. Desde esta perspectiva, y no sé si continuando el discurso de Nietzsche, lo sucedido después de la tragedia, incluyendo el periodo *clásico*, tradicionalmente asociado a Sócrates y Platón, habría sido un paso atrás, al menos en lo que ha conciencia de capacidad y responsabilidad se refiere. El esfuerzo (persuasivo y pedagógico) por simplificar, por reducir a consejo y letanía, habría dado al traste con aquello que de más original y mejor contenía la tragedia, como *obra de pensamiento* que sería desde esta perspectiva, con tanto derecho como otras mucho más reputadas como tales.

Y aunque estas delicadezas teóricas, a los ojos de los más incautos, se relacionen poco con el espíritu práctico que impera en el día a día, alcanzan sin embargo a cuestiones que tanto Consuelo como yo mismo hemos visto que interferían seriamente en nuestras vidas. Su intercesión a favor de profesores y autónomos y, en consecuencia, su invitación a reflexionar dos veces a quienes toman decisiones destinadas a repercutir en los primeros, sólo puedo decir que me conmueve. Y este sería, también, dentro del ámbito de las sugerencias que me permito con cierto desenfado, debido, además, a las vocaciones mutuas, a la profesión que hemos compartido y a la precaria situación de las humanidades, con la historia en cabeza, la que tiene que ver con mi desconfianza instintiva – hasta el cuestionamiento de su inteligencia– hacia quienes abusan de la expresión «hoy en día» como preámbulo del carácter, según ellos, inapelable de lo que viene a continuación.

Por ejemplo –muy frecuente– la vigencia hegemónica «hoy en día» de tal o cual ley de mercado, matemáticamente enunciada, frente a la historia. Por mucho que haya sido cuestionada, por nombres tan distintos como A. de Tocqueville o M. Foucault, o el mismísimo Keynes. Seguro, además, que el club del «hoy en día» y del «¡es la economía, estúpido!» debe apreciar poco lo que una vez dijo M. Yourcenar: «La historia es una parte de la vida, la más larga quizás».<sup>9</sup>

Todo esto no significa que la etapa del tópico no conlleve su utilidad. Por eso me permito pedir a Consuelo que continúe con algunos otros que, por esta vez, se han quedado en el tintero. Por ejemplo, el archiconocido y para los no entendidos prácticamente inapelable «Contra gustos no hay nada escrito» o, el no menos difundido: «para gustos... colores!», cuyas supuestas evidencias y sensatez el mismo Kant se atrevió a poner en duda. Sobre todo, al fundamentar el juicio estético en el deseo de comunicación, de experiencia compartida (*Mitteilung*) y descartar, en consecuencia, que el juicio de gusto haya pretendido alguna vez ser una experiencia meramente privada e incommunicable. Este tópico, de hecho, como probablemente cualquier otro, descansa sobre la posibilidad de un Ser humano que, por una parte, en alguna ocasión se habría bastado a sí mismo (aunque acabase siempre superándose y envolviéndose en una red de relaciones); y que, por otra, sería, si no exclusivamente, sí predominantemente, inteligencia calculadora y distante. Pero hay sobrados motivos para dudar de esas supuestas evidencias. Nacemos y vivimos en un devenir constante de estados de ánimo, sensaciones, sentimientos, decisiones de los cuales resulta imposible inhibirse, abiertos a lo inmenso del futuro, sí, pero, también, a la profundidad, siempre algo insondable, del pasado y del presente. Los tópicos, no cabe duda de que dan cuenta de la preocupación existente, aunque estén lejos de advertir la complejidad que rodea nuestra vida. Con esto, espero haber cumplido lo que prometía en principio: dar cuenta, sobre todo, del libro de Consuelo, desde la constatación –lo contrario sería mentir– de lo mucho que aporta a lo que, en buena parte, constituye el meollo de lo que desde siempre me preocupa.

---

9 Entrevista de Joysane Savigneau, diario *El país*, 6-I-1985.